

por MARIANO FERNÁNDEZ ALT

Recordando

A RICHARD B. NEWTON

A este inglés llegado a la Argentina a comienzos del siglo XIX le corresponde el mérito de haber introducido y levantado, en 1845, el elemento que cambiaría radicalmente el rumbo de nuestra producción agropecuaria: el alambrado. Sin embargo, su contribución al progreso del campo argentino no se limitó únicamente a esta gran innovación.



La introducción del alambrado por Richard Blake Newton marcó un antes y un después en nuestra campaña: apareció el alambrador, una nueva clase de trabajador rural; los puestos se poblaron de montes y frutales; comenzó la mestización y los apareamientos selectivos en vacunos, yeguarizos y ovinos; surgieron los potreros con cultivos; aparecieron el molino y las aguadas; se hicieron menos dificultosas las faenas rurales; y lo que es aún más importante, la propiedad –de tierras y ganado– comenzó a ser una realidad para el hombre de campo.

Hacia la Argentina

El protagonista de nuestra historia nació el 15 de marzo de 1801 en Lambeth, Londres, Reino Unido, siendo sus padres Richard Newton y Sarah Whiffen. Luego de finalizar sus estudios en el Colegio Blue Coat, de su ciudad natal, comenzó a trabajar en la casa de comercio de William Palmer, hasta 1819, en que su vida cambió radicalmente. En oportunidad de acompañar a su padre en uno de los tantos viajes de negocios que hacía a Buenos Aires, el joven Richard pisó por primera vez nuestro país, el que adoptaría para siempre.

Una vez en la Argentina, la conocida casa de comercio británica John Gibson & Sons, cuya sucursal sudamericana estaba en Buenos Aires, contrataron a Richard, de 18 años. Primero lo pusieron al frente de una tienda de productos nacionales e importados, y a partir de 1822, después que los Gibson notaran sus múltiples cualidades, le encomendaron la administración de sus

“BASTA DE VACUNOS VAGANDO EN
LIBERTAD POR LOS CAMPOS –SIN
DELIMITAR– E INVADIENDO
SEMBRADOS Y PLANTACIONES.”

campos bonaerenses: primero en Monte Grande, luego en Gral. Lavalle y finalmente en Chascomús.

El año 1834 fue otro hito en la vida del joven londinense, que para entonces ya tenía 15 hijos argentinos con su esposa María de los Santos Vázquez y Molina. Debido a que los Gibson liquidaron la mayoría de sus propiedades en la Argentina, Richard compró la estancia de Chascomús que administraba, llamándola “Santa María” en honor a su compañera. Este campo, situado a 10 leguas de ese poblado, tenía una superficie de casi cuatro leguas cuadradas (alrededor de 10.000 hectáreas) y la forma de un triángulo rectángulo, cuya hipotenusa era la costa del río Samborombón.

Y como veremos, desde aquí el visionario estanciero inició el revolucionario proceso de transformación que terminó domesticando la pampa.

Mejora en ovinos e instalaciones

Richard o “don Ricardo” –para el paisanaje– fue un importante cabañero de ovinos. Para producir la lana que el mundo demandaba, a partir de 1840 comenzó a sustituir las rústicas ovejas criollas y pampas –descendientes de las introducidas por los españoles– por razas de superior calidad, importando, sucesivamente, tres tipos de Merino: el alemán Electoral, el español Negrete y el francés Rambouillet. Luego trajo las razas inglesas Romney Marsh y Lincoln. Cabe destacar

que para cuando el mercado de cada época comenzaba a demandar un tipo diferente de lana, Richard ya la estaba produciendo.

Además, en su primer viaje a Inglaterra, en 1844, Richard observó que las lanas argentinas recibían bajos precios o eran directamente rechazadas por su suciedad y condición general. Por tal motivo, a su regreso estableció en "Santa María" bañaderos para los ovinos, y al año siguiente introdujo una prensa para enfardar lana, la primera en llegar al país. Luego de clasificar los vellones y acondicionarlos en fardos, éstos los cargaba, junto con los cueros vacunos, en pequeñas embarcaciones a vela que partían desde el río Samborombón –el límite natural del campo– hasta la bahía homónima, sobre el río de la Plata, donde se transbordaban a barcos de mayor calado, con destino al puerto de Buenos Aires, y desde allí a Inglaterra. Luego utilizaría el ferrocarril, con la llegada de éste a Chascomús en 1865.

cercos, empalizadas ni pircas. Sólo alambres de hierro gruesos como un dedo rodeaban la parcela.

Inmediatamente se dio cuenta que estaba ante la solución al problema que le preocupaba como ganadero en la Argentina: basta de vacunos vagando en libertad por los campos –sin delimitar– e invadiendo sembrados y plantaciones.

Richard decidió entonces traer esta innovación a nuestras tierras, a su patria adoptiva.

Llegó para quedarse

Sin perder un momento, se dirigió a la fábrica Rodger Bert & Co., en el puerto inglés de Liverpool, y ordenó la preparación y remisión a la Argentina de una gran partida de alambre y de varillas y postes esquineros de hierro para usar en "Santa María".

Richard regresó a Buenos Aires el 16 de junio de 1845, a

bordo del bergantín "Bella Porteña".

Afortunadamente trajo con él una parte de esa partida, pues luego de llegar a Chascomús, la fábrica le comunicó que el barco "Jonathan Fell", que transportaba la mayor parte de su preciado cargamento –así como también numerosas plantas y elementos para perforar pozos artesianos–, había naufragado. Visto lo ocurrido, realizó otra compra, que llegó al puerto porteño a mediados de 1846 a bordo del buque "Chalec".

Pero con ese alambre y varillas que trajo consigo en junio de 1845, Richard cercó la quinta y la huerta de "Santa María" y dos montes que poseía en sendos puestos de la estancia, siendo éste el primer alambrado levantado en suelo argentino.

Los resultados lo entusiasmaron, por lo que redobló esfuerzos: multiplicó los montes de "Santa María" e importó nuevamente toda clase

de árboles frutales, ornamentales y para cerco. Inclusive, introdujo moreras por sus frutos y también por sus hojas, pues también se dedicó a la cría de gusanos de seda, produciendo y comercializando sus capullos.

Por más leche y carne

También se ocupó de mejorar la hacienda vacuna. Para ello consiguió que su compatriota y amigo John Miller le vendiera unos toritos hijos de "Tarquino", el célebre toro



El casco de la estancia chascomunense "Santa María", donde Newton levantó el primer alambrado en suelo argentino, fue construido en 1825. Dibujo de Francisco de Santo.

Sueño concretado

En aquel primer viaje de Richard a Inglaterra, para inscribir como pupilos a dos de sus hijos en el Real Colegio Agrícola (Cirencester, Gloucester), ocurrió lo inesperado. Paseando con ellos por el parque de la residencia Wentworth Woodhouse, del conde Charles W. Fitzwilliam, en el condado de York, vio varios ciervos pastando en un gran potrero, sin nadie que los cuidara, ni rodeados por zanjas,

Shorthorn que importó alrededor de 1826 (fue el primer bovino de pedigree introducido al país). Con ellos inició la mestización de su rodeo de tambo de vacas criollas semi-salvajes, aumentando considerablemente la producción lechera y logrando animales más mansos.

De su segundo viaje a Inglaterra, en 1855, Richard trajo un toro Shorthorn que lo destinó a entorar las vaquillonas hijas de los toritos comprados a Miller. Así formó también un plantel que se destacó por su alto rendimiento de carne, grasa y sebo, además de ser más precoz, pues podía mandar a faena crías de 18 meses de edad, cuando con los vacunos criollos debía esperar 30 meses.

Espíritu solidario

Al igual que ahora, las sequías azotaban al campo argentino, pero Richard encontró la manera de proveer de agua durante todo el año al ganado propio y de sus vecinos. Cercano a una laguna de “Santa María”, aproximadamente en el centro del campo, construyó un enorme jagüel, donde las roldanas funcionaban durante todo el día para apagar la sed de unas 12 mil vacas del establecimiento, más cientos de ovejas y yeguarizos propios y de campos cercanos.

No conforme con esa fuente de agua, se propuso instalar aguadas. Antes de iniciar los trabajos en su campo, se enteró que el geólogo y agrimensor francés Adolfo Sourdeaux, con instrumentos mejores a los que él trajo en 1845 de su tierra natal, quería realizar perforaciones en La Piedad (a metros de la esquina de las calles porteñas Paraná y Rivadavia) para abastecer de agua a la Buenos Aires en crecimiento. Richard ayudó económicamente a Sourdeaux, quien finalmente logró en Avellaneda, en junio de 1862, el primer pozo artesiano del país. Cuatro años más tarde, Richard lo intentó en “Santa María”, pero abandonó cuando llegó a los 180 metros de profundidad.

Además, él y otro ganadero apoyaron económicamente con un préstamo –que no recuperaron– a una empresa para instalar una fábrica de extracto de carne utilizando el sistema Liebig. Si bien este proyecto fracasó, emprendimientos posteriores demostraron que ambos hacendados no se equivocaron al apoyar este intento precursor sobre la industrialización de la carne.

Así era Richard: nunca monopolizó las incorporaciones de tecnología ni las mejoras que promovía.

También dirigente rural

El 10 de junio de 1866, trece socios fundadores –Richard

era uno de los más fervientes propulsores– firmaron el “Acta de Instalación” de la Sociedad Rural Argentina. Días después, el 16 de agosto, se eligió la primera Comisión Directiva. A pesar de declinar su candidatura a integrarla –opinaba que tenía que estar constituida por argentinos por tratarse de una entidad argentina–, Richard resultó electo vicepresidente.

El adiós

Llegamos al final, no sólo de intentar sintetizar la fructífera obra de este notable emprendedor, sino también al final de su vida. En 1868, el cólera diezmaba a la población de Buenos Aires. Richard, próximo a cumplir 67 años, se reunió con su familia en “Santa María”, para tratar de preservarla del contagio. Sin embargo, la enfermedad ya se había apoderado de él, falleciendo en su campo de Chascomús el 15 de enero de 1868.

Sus restos, que habían sido sepultados en la estancia junto con dos peones fallecidos al mismo tiempo y también por cólera, fueron trasladados el 13 de septiembre de 1869 al antiguo Cementerio Británico de Victoria –hoy plaza 1º de Mayo–. Más tarde, en 1892, dicho cementerio fue cerrado, por lo que los herederos trasladaron el mausoleo (los restos se habían desintegrado) al actual Cementerio Británico de Chacarita.

Homenaje en su pago

El 16 de enero de 1954 se realizó en Chascomús un merecido homenaje a la memoria de Richard, durante el cual se inauguró un monumento recordatorio, ubicado en la plazuela que lleva su nombre, frente a la estación de ferrocarril

de la ciudad. Uno de los oradores fue el presidente de la Sociedad Rural Argentina, Enrique G. Frers, quien expresó conceptos como estos: “El alambrado marca un momento crucial en nuestra historia agraria, que es nuestra historia. El alambrado domesticó al ganado; contribuyó a sujetar al indio salvaje; civilizó por fuerza a los pobladores de las pampas e hizo del gaucho nómada un

labrador. El alambrado educó por fuerza a nuestros estancieros criollos, reacios al progreso, y en cambio posibilitó la acción de aquellos progresistas, con la aplicación de métodos racionales y más evolucionados en la explotación de la tierra. El alambrado hizo posible la aparición de la estancia, con su fisonomía actual, y luego la cabaña, el tambo, la granja y la chacra. Y todo por obra de aquel inspirado precursor visionario, que fuera don Ricardo Newton. Por ello no puede ser más merecido, más justo, más necesario el homenaje que hoy le rendimos y el monumento que ha de perpetuar su memoria”.

“EL ALAMBRADO MARCA UN
MOMENTO CRUCIAL EN NUESTRA
HISTORIA AGRARIA, QUE ES NUESTRA
HISTORIA.”

Sarmiento, el abanderado

El alambrado llegó al campo argentino y aparecieron sus detractores y entusiastas. El abanderado de estos últimos fue, sin duda, Domingo F. Sarmiento (1811-1888), el que a través de su fogosa invocación “¡Cerquen, no sean bárbaros!” instaba a los hacendados argentinos a abandonar el tradicional sistema de estancias abiertas, para incorporar esta tecnología. Estaba obstinado en desterrar el desierto. Finalmente, el tiempo le dio la razón. Una década después de la importación de Newton, por primera vez en nuestro comercio el alambre figuró como artículo de importación, ingresando 578 rollos y 9080 quintales de varillas y esquineros de hierro. Luego, entre 1877 y 1881 entró una cantidad suficiente para cercar 61 mil kilómetros, y para 1902 la Argentina ya tenía 405.400 kilómetros de alambrado, extensión superior a la que hay entre la Tierra y la Luna.

Francisco Halbach

Así como Newton, el inglés “acriollado” que desde 1819 vivía y trabajaba en la campaña bonaerense, fue el iniciador del alambrado en el país, Francisco Halbach (1801-1870), cónsul del rey de Prusia en Buenos Aires e importante productor de ovinos, fue el primero en alambra todo el perímetro de una estancia argentina. Ocurrió en 1855 –una década después de la importación realizada por aquel emprendedor–, cuando cercó su campo “Los Remedios”, ubicado donde actualmente se levanta el Aeropuerto Internacional de Ezeiza. Por entonces, Halbach criaba allí 1500 vacas, 600 yeguas y 30.000 ovejas. ::

“EL ALAMBRADO HIZO POSIBLE LA APARICIÓN DE LA ESTANCIA, CON SU FISONOMÍA ACTUAL, Y LUEGO LA CABAÑA, EL TAMBO, LA GRANJA Y LA CHACRA.”

Vista actual del monumento levantado en 1954 en homenaje a Newton, ubicado en la plazoleta homónima, lindera a las vías del ferrocarril de la estación Chascomús.

